



“familiar”, se me ocurre, de esas que empiezan un poco a trompicones y con escasos medios sin más sede social que la habitación del niño al que se desalojó para enviarlo a dormir al comedor ni otros empleados — había sugerido en alguna ocasión Albertina — que unos cuantos parientes bien dispuestos... o mal, porque en todo negocio en que los vínculos de sangre andan por medio hay que hacer de tripas corazón a veces y *¿y con Doroteo qué hacemos?* cuando se está sabiendo que *lo único que cabe es aguantar* y que no sería, al fin y al cabo, ni peor ni mejor que cualquiera de otras tantas formas en la muy modesta opinión de una Gema aún sin pulir de, **en palabras de Purificación, “cagarla” aun estando al cabo de la calle de que “bueno, ¿vamos a empezar con tiranteces con todo lo que tenemos por delante, lo que nos queda por enjaretar?”**.

Y, el tío Crescencio, que ya, que sí, pero *si empezamos con esta rémora no sé yo...* aunque, *en atención a la pobre Paula* porque a Candela, su mujer, lo que más le preocupa es que reine la paz *y poquito a poco irá entrando en vereda, ya veréis* da un poquito de no se sabe qué negarle la oportunidad de hacerse un hombre de provecho cuando, encima, ella le tiene aprecio porque sí, tiene sus rarezas, qué le va nadie a contar *a mi si nos hemos criado, crecido como hermanas*, pero que... *no sé, en fin, vosotros sabréis*.

Improvisación añadida a la intervención de la Prieto por, como decía la señorita Alicia, “nuestra querida Olivia”.